

sus excursiones, convirtiéndose en un huésped muy molesto y del que es en extremo difícil desembarazarse en razón á la destreza suma y refinada astucia con que prepara todos sus ataques.

Cuando el leon llega á la vejez, y no puede ya ir á cazar, dice Livingstone, se acerca á los pueblos para buscar cabras y si en esta ocasion encuentra una mujer ó un niño, tambien los mata. Los leones que atacan á los hombres son siempre viejos, y los indígenas dicen, cuando uno de estos peligrosos ladrones ha penetrado por primera vez en un pueblo y robado una cabra, que «si tiene los dientes gastados, no dejará de matar á un hombre.» Tambien creo yo que solamente los leones viejos y experimentados acuden á los pueblos; sin embargo, soy de opinion de que entoces todavia tienen los dientes en perfecto estado de conservacion.

Muchas veces el hombre es el único alimento del leon, y cuando este ha perdido el miedo de penetrar en las viviendas humanas, cuando ha visto y tocado cuán fácil le es encontrar allí su presa, se vuelve cada vez mas audaz y atrevido. Entonces elige su morada lo mas cerca posible del pueblo, viviendo en un mismo cubil mientras no le desalojan á la fuerza. Algunos son tan atrevidos que hasta de dia se presentan en los pueblos, y aun se asegura que su osadía llega al extremo de no temer las hogueras de los campamentos.

Esto no obstante los indígenas del Africa central, con quienes he tratado, aseguran que el fuego basta siempre para ahuyentar al leon, no habiendo ejemplo de que este carniceiro haya penetrado en un campamento rodeado de buenas hogueras. Del leopardo cuentan lo contrario.

Cuando caza en el bosque, el leon no procede del mismo modo que cuando da caza al hombre. Sabe que los animales salvajes, olfateándole desde lejos, corren con la suficiente ligereza para escaparse de él; por eso los acecha ó se acerca á ellos hurtadillas, muchas veces en compañía de otros de su especie, teniendo siempre cuidado de marchar contra el viento tanto de noche como á la clara luz del dia.

«Un reducido rebaño de cebras pacía tranquilamente en medio de una llanura sin sospechar que dos leones, seguidos de sus hijuelos, se aproximaban silenciosamente. El macho y la hembra habian combinado un verdadero plan de ataque: deslizaronse tan furtivamente á través de las altas yerbas, que lograron burlar la vigilancia de los animales y pudieron acercarse á la distancia de uno ó dos saltos. Solo entonces diviso el guia del rebaño á su terrible enemigo y al momento dió la señal de peligro; pero ya era demasiado tarde; de un solo brinco el leon fué á caer con todo el peso de su cuerpo, por encima de las yerbas y de las breñas, sobre una de las cebras, que se doblegó inmediatamente bajo aquella carga; pero entre tanto, asustadas las demás, huyeron en todas direcciones (fig. 117).»

Esta noticia coincide con los experimentos hechos por mí en el Sudan y en Abisinia. Sin embargo, estas cacerías diurnas son siempre excepciones de la regla.

Comunmente espera el leon por lo menos el momento del crepúsculo para empezar la caza. Lo mismo persigue los rebaños salvajes que el ganado doméstico, y como los otros gatos, se pone en acecho en las cercanías de los sitios mas frecuentados por unos y otros. Para coger su presa, prefiere los charcos, á los cuales acuden los animales salvajes á beber.

Tras los ardientes calores del dia, y cuando comienza á sentirse el agradable fresco de la noche, el antilope gracioso y la girafa, la cebra y el búfalo, buscan la corriente para apagar su abrasadora sed; pero se acercan con cautela al agua, porque la experiencia les ha enseñado que si aquella puede satisfacer su necesidad, puede tambien ocultar la muerte.

El guia de la manada de antilopes avanza lentamente, ol-

fateando y escuchando de continuo; trata de atravesar con sus miradas las tinieblas de la noche, y á cada paso observa si todo se halla tranquilo y silencioso. Los antilopes se hallan dotados de suficiente inteligencia para avanzar contra el viento, y el guia del rebaño descubre casi siempre el peligro. Detiéndose, escucha, mira, olfatea, y retrocediendo al momento, emprende una rápida fuga, seguido de toda la manada, que se libra así del riesgo.

¡Ay de la girafa, cuando dirige sus pasos hácia la laguna oculta entre arbustos y bajo el frondoso ramaje de los sicómoros! ¡Ay de ella, si atormentada por la sed, llena de ansia de refrescar su ardorosa lengua, olvida por un solo momento su seguridad! Entonces podemos decir que es una verdad la descripción poética de Freiligrath (1).

¡Esta animada descripción contiene casi la completa verdad! El naturalista, sin embargo, debe borrar de ella á los buitres, pues estos no siguen al leon de noche, sino de dia, para recoger los restos del régio banquete. Por lo demás, el poeta no ha exagerado. Es verdad que Livingstone pretende que el leon no puede saltar sobre el lomo de una girafa ó derribar un búfalo, y apoya su aserto con las narraciones de dos cazadores que vieron cómo tres leones se esforzaron en vano, mucho tiempo, en echar por tierra á un búfalo cafre herido; pero yo he cazado buitres posados sobre los restos de un camello muerto por un leon en la noche anterior, y no veo ninguna razon por la cual el valiente felino no pudiera probar su fuerza y agilidad tambien en un girafa. Sobre si le será ó no posible montar en semejante caballería, esa ya es otra cuestion.

(1) Hé aquí la traducción de los inspirados versos del poeta alemán:

¡Pobre girafa á quien la sed abrasa!
¡Pobre girafa que á la muerte vuela
cuando cruza la selva presurosa
buscando el agua en que mojar su lengua!

De entre las cañas que á la orilla crecen
del lago á donde acude de ansia llena,
rugiente surge, pavoroso y fiero,
el monarca arrogante de la selva.

¡Pobre girafa! que el leon de un salto
cabalgando orgulloso va sobre ella....
¿Qué mantilla mas rica visteis nunca
que aquella piel, en que el leon se asienta?

Clava su garra en el enhiesto cuello
del corcel gigantesco que huye y tiembla,
y flota al viento en su pintada espalda,
de su feroz jinete la melena.

Un grito de dolor lanza la herida,
y huyendo trata de ganar las selvas
y azota el suelo su ligera planta,
al fulgor de la luna amarillenta.

Sáltanse de sus órbitas los ojos;
y el jinete feroz aun mas se aferra
y su pintada piel de nuevo manchan,
miles de gotas de su sangre negra.

En vano la infeliz quiere librarse
del leon que la hiere sin clemencia,
y los latidos del medroso pecho
solo percibe, la llanura inmensa.

Los buitres al mirar aquel cortejo,
tras él se lanzan y graznando vuelan
y la pantera que á la sangre acude,
siguiendo va la ensangrentada huella.

Y el leon entre tanto hunde la garra
en el tronco viviente en que se asienta,
hasta que al fin sucumbe la girafa,
y el trono y el monarca van por tierra.

Comunmente sucumbe el animal al primer ataque del leon: el enorme peso que cae bruscamente sobre sus espaldas, las angustias mortales que de él se apoderan y las heridas terribles que acto continuo le infiere su enemigo, le impiden correr mucho. Cae sin fuerza y abatido; algunas dentelladas bastan para cortarle las vértebras cervicales, y con ellas el hilo de su existencia; el leon permanece un instante echado sobre su presa, gruñendo y batiendo el aire con su cola; sigue todos los movimientos de su víctima y acaba de matarla á mordiscos.

Cuando á un leon se le escapa la presa á la primera embestida, no la persigue nunca, sino que vuelve á su escondite con lentitud y paso á paso, como si midiera la distancia exacta á que hubiera debido saltar.

Segun Livingstone, aferra su presa comunmente por el cuello, pero tambien por los lomos por donde empieza á comerla. A veces se encuentran antilopes completamente des-tripados por el terrible felino.

El leon arrastra, si puede, su presa hasta su cueva y allí empieza á devorarla. El vigor increíble de que está dotado tan majestuoso animal se conoce en toda su magnitud en el arrastre de su presa; basta calcular qué fuerza necesitará para saltar por cima de una ancha zanja ó de una alta empalizada, llevando en la boca una ternera. No puede sin embargo arrastrar á los búfalos y camellos adultos; la suposición de que el leon es capaz de derribar al suelo un elefante con el empuje de su salto, pertenece á la fábula y se parece á cierto cuento árabe, con el cual se quiere demostrar la fuerza del leon. «Un leon saltó sobre un camello que bebía é intentó arrastrarle desde la orilla del rio hácia el bosque. Al mismo tiempo salió del agua un crocodilo gigantesco que cogió al camello por el cuello. Tiraba el leon hácia arriba, el crocodilo hácia abajo, ninguno cedía y de esta manera partieron el camello por la mitad.» Yo mismo he observado y sé que un crocodilo puede efectivamente arrancar la cabeza á un toro, y por consiguiente tambien á un camello; sin embargo, no es probable que se lanzase precisamente sobre este cuando el leon le tuviera cogido, y hasta parece imposible que ambos animales pudiesen partir una presa tan grande por el medio. Es verdad, empero, que el leon intenta arrastrar un camello á cierta distancia. Así lo he visto yo cerca del pueblo de Melbes en el Cordofan, la mañana misma de haber muerto un camello, que el leon arrastró hasta unos cien pasos de distancia. Dicen que un leon adulto corre llevando una ternera de uno ó dos años en la boca. Thompson asegura que algunos cazadores á caballo persiguieron cinco horas á un leon cargado de este modo, sin poder alcanzarle.

El leon prefiere sin duda alguna los animales grandes á los pequeños, pero no desprecia tampoco á estos últimos cuando los encuentra al paso, y hasta se dice que algunas veces se contenta con langostas.

Segun Livingstone, cuando está ya viejo ó enfermo se dedica á la caza de ratones y otros pequeños roedores, lo cual no deja de ser raro, porque tampoco parece el leon apto para coger tan pequeña presa. Caza mas bien las piezas grandes, como lo prueba el encontrarlo con mas frecuencia donde hay mucha caza mayor y gran número de ganado vacuno.

Los rebaños de animales domésticos, las cebras salvajes y todas las especies de antilopes, constituyen su principal alimento. «En el sur del Africa, dice Mohr, se encuentra solamente el leon en regiones en que hay caza mayor, es decir, búfalos, cuagas y las grandes especies de antilopes. Nunca ataca á los elefantes ni á los rinocerontes, pero se precipita sobre el búfalo cafre y no sin éxito, ó al menos no sin causar mucho daño al poderoso y valiente rumiante. Así lo observé

en un toro viejo que maté el 15 de julio de 1870. Un leon habia atacado poco antes á este gigante de la estepa, y le habia dejado terriblemente malparado. Tenia estas orejas literalmente destrozadas, y las heridas producidas en la nuca por las garras del leon eran horrosas; uno de sus fortísimos cuernos estaba roto y sangraba. Sin embargo, el viejo héroe se habia libertado de las garras de su enemigo.»

Comunmente no come el leon sino la presa que él mismo acaba de matar, pero en ciertas circunstancias no desprecia tampoco los cadáveres. «Encontramos, continúa Mohr, cerca de las cataratas de Victoria, del rio Mabue, el cadáver de un búfalo que habia atraído numerosos buitres y que despedía ya bastante mal olor. A media noche acudieron rugiendo varios leones, y á la mañana siguiente no vimos sino restos del cadáver. John Dunn tiró una mañana, junto al rio Zelin, á dos leones que devoraban el cadáver de un hipopótamo cazado el dia anterior, y tambien yo encontré, al lado de un rinoceronte muerto un dia antes, dos leones con melena, que se habian dado un atracón de carne del gigantesco animal.» El leon acostumbra volver la noche siguiente al sitio donde la vispera hizo su presa; pero nunca lo hace á la tercera noche, cosa que por otra parte tambien seria inútil, puesto que ya desde la primera se presenta gran número de merodeadores para tomar parte en el régio festin. La cobarde y perezosa hiena y todas las especies de perros se alegran mucho de que otro cace para ellos, y acuden con el fin de atracarse cuando el leon se aleja de la víctima. El rey de los bosques no les tolera siempre á su mesa; serias disputas y riñas se suscitan muchas veces. Tan cobardes son las hienas cuando encuentran al leon en el bosque, como osadas se vuelven cuando tratan de tomar su parte en una buena comida.

En el Sudan oriental tuvo ocasion uno de mis cazadores de presenciar en pleno dia una lucha entre un leon y tres hienas, con motivo de disputarse el alimento. Hallábase sentado el leon á la orilla de un rio, y esperaba con la mayor calma á tres hienas manchadas que se acercaban gruñendo y aullando; poco á poco estas insolentáronse mas, y avanzaron hasta tocar á su poderoso enemigo. Una de ellas llegó al extremo de querer morderle; pero en el instante mismo le descargó el leon en la cabeza un golpe tan violento con su garra, que la hizo rodar por el suelo, dejándola sin movimiento; mientras que las otras se retiraban presurosas á la espesura del bosque.

Livingstone dice que el leon castiga la osadía de un chacal que se acerca, olfateando, á la régia mesa, con un golpe de su garra que le mata al momento. Mohr cree que las hienas y chacales, si bien participan algunas veces de la comida del leon, otras le son útiles, procurándole una ú otra presa, olfateando y siguiendo el rastro de animales heridos. Ya se comprende que el leon no les agradece este servicio.

Otros observadores aseguran que los leones disputan á veces entre sí la misma presa. Anderson pretende haber oído que un leon desgarró á una leona muerta por él y la devoró en parte. Segun mi opinion, no se puede creer este hecho, si bien he visto repetidas veces, que otros grandes felinos, sobre todo los tigres, se irritaban y hasta llegaban á reñir entre sí á la sola vista de una presa, aunque no se hallase esta á su alcance, cosa extraña, atendida la buena armonía en que viven comunmente.

Rara vez ataca el leon al hombre: su elevada estatura parece inspirarle respeto; y así se observa que en el Sudan, donde abundan con frecuencia los leones, no hay ejemplo, por decirlo así, de que uno de estos carniceiros haya devorado á un hombre; mientras que los crocodilos y las hienas ocasionan muchas victimas de nuestra especie. No sucede empero

lo propio en la Africa meridional; si bien debe atribuirse esto á los mismos cafres, segun se asegura. Los cadáveres de sus enemigos, abandonados comunmente en el bosque, son muchas veces pasto del leon y desarrollan en este noble animal la afición á una carne que al fin llega á preferir á toda otra, convirtiéndose desde entonces en *devorador de hombres*, segun la frase de los cafres. Estos aseguran que los leones antropófagos saltan á veces al través de las hogueras para apoderarse de un hombre dormido; y los indígenas, como los colonos, están persuadidos de que los negros se hallan mas expuestos que los blancos á los ataques de dichas fieras.

Se pretende que el leon, al paso que mata inmediatamente al animal de que se apodera, no hace lo mismo con el hombre que tiene debajo de sus garras, sino que solo mas tarde y rugiendo terriblemente, le asesta en el pecho el golpe mortal. Livingstone, cuyas noticias parecen perfectamente dignas de crédito, nos lo refiere así. En una batida organizada con el auxilio de los habitantes del pueblo de Mabotsa, en el Africa oriental, los leones fueron cercados muy pronto en lo alto de una colina. «Me hallaba, dice el valiente viajero, al lado de un maestro de escuela indígena llamado Mebalwe, cuando vi dentro del círculo de cazadores á un leon que descansaba en una roca. Mebalwe le tiró y la bala tocó la roca. El leon mordió el sitio donde rebotó la bala, como muerde un perro el palo que le tiran. Dió un salto, rompió el círculo y se escapó ileso. Cerrado otra vez el círculo vimos á otros dos leones dentro del mismo, los cuales escaparon tambien. Entonces volvimos hácia el pueblo. En el camino vi otro nuevo leon sobre una roca, pero á 24 metros de distancia, apunté con todo cuidado y disparé los dos tiros de mi escopeta. «Herido!» gritaron varios de los hombres, empezando á correr hácia el animal. Yo vi la cola levantada del leon trás del arbusto y les grité: «Esperad hasta que haya cargado de nuevo.» Apenas habia metido las balas en los cañones, oí un grito y vi al leon saltando sobre mí: me alcanzó al hombro y ambos caímos al suelo. Lanzando el felino terribles rugidos, me sacudió como un perro pacho sacude á una rata. Este movimiento me aturdió; no sentí ni dolor ni miedo, aunque conocia muy bien todo lo que pasaba. Intenté librarme de aquel peso, y vi los ojos de la fiera dirigidos á Mebalwe que queria tirarle. Como fallaran los dos tiros de su escopeta, el leon me soltó al momento, y de otro salto cogió á Mebalwe por un muslo. Otro hombre, á quien habia yo salvado la vida al ser acometido por un búfalo, quiso herir á la fiera con su lanza mientras que mordía á Mebalwe. Dejando á este, el leon cogió al hombre por el hombro, pero en aquel momento produjeron mis balas su efecto y el animal rodó muerto por el suelo. Todo esto fué obra de un instante. A mí me habia destrozado el hueso del brazo, del que brotaba sangre por once heridas iguales á las que producen las balas. Aunque sané, se me ha quedado el brazo defectuoso para siempre. Mis compañeros de lucha padecieron mucho de sus heridas, y la del hombro de uno de ellos se abrió precisamente un año despues.»

Fritsch cuenta algo parecido. «Un bacalahari terriblemente destrozado por un leon y en cuyo auxilio me llamaron, iba con varios compañeros por la maleza, cuando de repente se precipitaron dos leones sobre él, cogiéndole cada uno de ellos por un hombro, y derribándolo mientras que sus compañeros emprendían la fuga. Sus lastimeros gritos hicieron que le soltaran las fieras acobardadas, y que se retiraran un poco. La imprudente víctima intentó levantarse para huir, pero los leones se precipitaron otra vez sobre él arrojándole al suelo, donde quedó sin conocimiento, hasta que le recogieron sus compañeros.» Cuando Fritsch vió al desgraciado, habian pasado ya varias semanas y las numerosas heridas (cerca de

treinta) que le habian hecho los dientes y las garras, se hallaban en bastante buen estado.

Segun mis experimentos hechos en el Sudan creo poder afirmar que el leon se pone antes de atacar, á una distancia de tres ó cuatro metros para medir el salto. Los árabes de esta region aseguran que cuando el hombre encuentra á un leon descansando, puede hacerle huir disparándole una pedrada, en el caso de que tenga bastante valor para hacerlo. Si, empero, el hombre echa á correr está perdido sin remedio. «Dos veces, dicen ellos, se aparta el leon del camino del hombre porque sabe que aquel está hecho á la imagen de Dios misericordioso; pero, cuando el hombre infringiendo las leyes del Altísimo que le prohíben exponer temerariamente su vida, ataca por tercera vez al leon, paga su audacia con la pérdida de su existencia.»

Que los leones retroceden ante el hombre es un hecho confirmado por casi todos los observadores fidedignos. «Un colono llamado Kock, dice Sparrman en su viaje al Africa meridional, encontró en un paseo á un leon; le apuntó y le hizo fuego sin tocarle; el leon persiguió al cazador, y éste, faltándole ya el aliento, saltó á un montoncillo de piedras, levantando en alto la culata de su escopeta. El leon se sentó á veinte pasos de distancia; despues de media hora se alzó, retrocediendo al principio paso á paso, como á hurtadillas, y cuando estuvo á cierta distancia, echó á correr con todas sus fuerzas.»

Dícese que, aun cuando esté preparado ya para dar el salto, no se atreve á ejecutarlo, si el hombre, sin moverse, fija magnéticamente sus miradas en los ojos del animal. Cuando el leon no ha medido aun sus fuerzas con el hombre, la alta estatura de éste le inspira miedo y desconfianza de sí mismo, y si el hombre se manifiesta tranquilo y mira á la fiera con resolucion y entereza, aumenta esta impresion. Su huida ante el hombre demuestra claramente que el miedo habrá sido, por lo menos, recíproco. «Cuando en el sur de Africa se encuentra á un leon, dice Livingstone, se detiene éste unos momentos para mirar al hombre, se vuelve despues lentamente, dando algunas docenas de pasos sin apresurarse y mirando hácia atrás de hito en hito; echa despues á correr y huye al fin á grandes saltos como un galgo.»

Fritsch pudo comprobar la verdad de este aserto, pasando á caballo por una maleza. Un animal se levantó de un salto cayendo casi al lado del naturalista y de un amigo suyo, quien creyó al principio que seria un antlope; ambos le persiguieron con afán. «Habíamos, dice Fritsch, perdido de vista á nuestra caza ya hacia un rato, cuando M. Cabe, pasando junto á un arbusto, hizo recular de repente su caballo y volviéndose lanzó el grito de terror: «¡Dios me valga, es un leon!» En un momento el mochucane y yo habíamos echado pié á tierra, dispuestos á aceptar la lucha con el leon, que, cansado de la corrida, se habia detenido volviéndose con aire amenazador. El negro en su ardor no pudo contenerse y disparó antes de tiempo un balazo á la fiera. Desgraciadamente tiró demasiado alto y el leon desapareció, espantado por la detonacion, entre la maleza.»

Otra cosa sucede cuando el leon ha luchado ya varias veces con el hombre, ó cuando le atormenta el hambre.

Puede acaecer no obstante, que el leon persiga al hombre con mucha tenacidad, y de ello nos cita Barrow el ejemplo siguiente: «En el país de los namaqueses, en la montaña de Kamies, un hotentote, que conducia ganado al abrevadero, fué sorprendido por un leon, y creyendo el hombre que la fiera se contentaria con uno de los animales, dejándole en paz, refugióse en medio de ellos; mas no sucedió así. El leon atravesó el ganado, y persiguió al hotentote, que aun tuvo la

buena suerte de poder trepar á un aloe, ocultándose detrás de muchos nidos del tejedor republicano (*Philaterus socius*). El leon dió un gran salto para alcanzarle, mas no llegó, cayendo al suelo; entonces empezó á dar vueltas al rededor del árbol, lanzando un sordo gruñido, y dirigiendo á intervalos una mirada feroz hácia el sitio donde se hallaba el pobre hombre. Al fin acabó el animal por echarse y no se movió de allí durante veinticuatro horas. Sin embargo, atormentábase ya la sed, y se dirigió á la corriente mas cercana, lo cual permitió al hotentote bajar del árbol y llegar corriendo á su morada, distante apenas un cuarto de legua. El leon le siguió

de nuevo, y no se detuvo hasta hallarse á trescientos pasos de la habitacion.»

Siempre es peligroso huir ante este carnicero, pues corre con bastante ligereza, y hasta se le ha visto perseguir y casi alcanzar á cazadores temerarios montados sobre briosos corceles. El que tiene valor bastante para permanecer tranquilo frente á frente del leon, rara vez debe temer nada de él; mas para arriesgar así la vida, se necesita una bravura de que no todos los cazadores están dotados.

Cosa extraña es que el leon no acometa casi nunca á los niños; y tambien se citan casos en que este temible animal

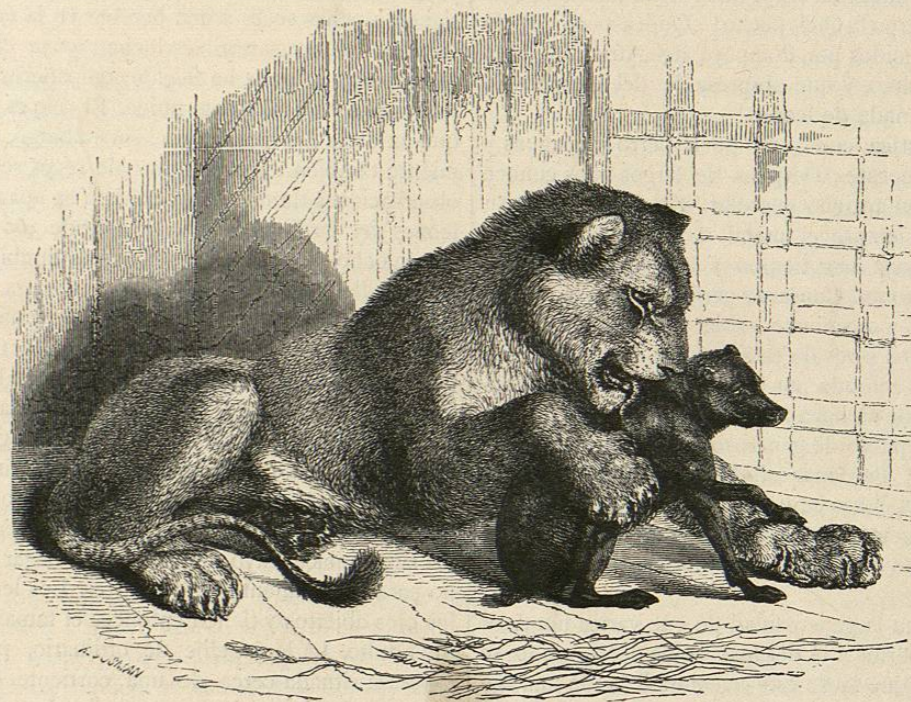


Fig. 118.—EL LEON DE LA CASA DE FIERAS DE PARIS Y SU PERRO

penetró en lugares habitados sin hacer daño á nadie. Hé aquí el hecho que cita Lichtenstein:

«Cerca de Rietrivier-poor encontramos la vivienda de un tal Van-Wych, y mientras nuestros caballos pacian, fuimos á buscar un poco de sombra á la puerta de la casa. Hace poco mas de dos años, nos dijo Van-Wych, me hallé en grave peligro en este mismo sitio. Aquí dentro de la casa, estaba sentada mi mujer rodeada de sus hijos que jugaban á su lado, mientras que yo trabajaba cerca de la habitacion. De repente y en pleno día, vino un leon enorme á echarse á la sombra en el umbral de la puerta: mi mujer petrificada de espanto, y conociendo todo el peligro que ofrece la fuga, permaneció en su sitio, mientras los niños se refugiaron en sus brazos. Sus gritos, no obstante, llamaron mi atencion: acudo presuroso, y ya podeis figuraros cuál seria mi asombro al ver interceptado de aquel modo el paso de la puerta. El animal no me habia divisado, mas como yo estaba sin armas, no ví probabilidad alguna de salvacion. Sin embargo, habia retrocedido instintivamente hácia el lado de la casa donde estaba la ventana del cuarto en que tenia yo mi escopeta; y por una casualidad providencial, hallábase el arma en el rincon mas próximo de aquella, de modo que la pude coger desde fuera, pues ya veis que la ventana es demasiado estrecha para darme paso. Por una suerte, no menos casual, estaba abierta la puerta del cuarto, y me permitia abrazar de una ojeada aquella terrible escena. El leon hizo un movimiento, acaso para

saltar, y entonces ya no vacilé: animando en voz baja á mi mujer, apunté á la frente de la fiera, y la bala, rozando los ensortijados bucles de uno de mis hijos, tendió sin vida á mi terrible enemigo.»

Puede admitirse seguramente, que aquel leon estaba repleto cuando se acercó á la casa; si bien puede tenerse presente que casi todos los demás felinos rara vez resisten á su pasion sanguinaria en semejantes ocasiones. Puede tambien verse en este suceso una prueba de esa magnanimidad que algunas veces se atribuye al leon.

Livingstone y otros viajeros niegan la generosidad de carácter del leon, atribuyéndole mas bien las cualidades de todos los otros felinos; sin embargo, despues de mis propias observaciones, no consentiré que se rebaje así á tan régio animal.

La forma del leon que infunde respeto, su gigantesca fuerza, su temerario valor, han sido reconocidos y admirados desde las mas remotas épocas, y aunque se haya exagerado mucho concediendo al leon cualidades que en efecto no posee, no por eso deja de tener otras muy relevantes. El leon se presenta, comparado con los otros felinos, y hasta con la mayor parte de los perros salvajes, soberbio, generoso y noble. No roba sino cuando la necesidad le obliga, ni se enfurece si no le provocan á una lucha á muerte. Sin razon se pretende que su arrogancia y nobleza no son mas que prudencia y reflexion; estas palabras se oponen á la idea general